

RABATÉ, Colette y RABATÉ, Jean-Claude. *En el torbellino. Unamuno en la Guerra civil*, Madrid, Marcial Pons, 2017, 286 pp.

En vísperas del VIII Centenario de la Universidad de Salamanca, los hispanistas franceses Colette y Jean-Claude Rabaté publicaron dos libros sobre Miguel de Unamuno. El primero es un *Epistolario* de Unamuno (ediciones Universidad de Salamanca, 2017) y este que ahora reseñamos sobre Unamuno y la guerra civil.

No es fácil escribir sobre la guerra civil. Tampoco sobre Unamuno. En el primer caso, se trata de un tema recurrente entre nosotros, polémico, todavía hoy, que gusta a la vez que fatiga a los lectores. Los españoles somos así con nuestro pasado. Queremos saber lo que realmente sucedió en nuestra “guerra incivil”, como la llamaba Unamuno, pero nos cansa tener que discutir con todo aquel que tenga una idea ya preconcebida de la contienda. Lo mismo nos sucede con Unamuno. Pensador contradictorio y con una posición de “alterutalidad” (“ni con hunos ni con hotros”), no pudo por menos de conducirse de modo polémico, afirmando y negando a la vez, en los albores de la guerra civil, pasando de ser un “ciudadano de honor” de la República a apoyar decididamente el alzamiento nacional. Y las críticas de ambos lados no se hicieron esperar. Los falangistas nunca se fiaron de él: era el padre del decadente 98 y el más objetivado crítico de Primo de Rivera (“Unamuno es la rebeldía; nosotros, la disciplina”, p. 94). Por su parte los republicanos no tuvieron ningún reparo en atacarle: “Se ha suicidado usted el día en que entró al

servicio del general Mola. No es usted un don Quijote ni siquiera un Sancho Panza” (p. 90). Por este motivo, Unamuno, se encuentra solo, pasa sus últimos días encerrado en su casa de Salamanca. Arrepintiéndose de los apoyos mostrados y criticando todo y a todos: “Da asco ser ahora español” (p. 175). Pero antes de llegar a este final silencioso y acallado queda mucha intrahistoria que narrar, que es un poco lo que viene a hacer este libro en sus 287 páginas.

En realidad todo lo que se relata en el libro había sido contado ya. Solo que los Rabaté lo hacen de otra manera, algo siempre de agradecer. De Aristóteles aprendimos que el ser se dice de muchos modos y lo mismo sucede con la vida de don Miguel, que sin duda puede ser vista desde muchas miradas y perspectivas sin que ninguna de ellas agote la realidad. Por eso, aunque conozcamos el incidente del Paraninfo y la famosa cita “vencer no es convencer”, no está de más volver y revolver entre los textos. Mucho más si se hace como en este libro, analizando todas las lecturas, fotografías y testimonios que se han dado de este hecho.

Seguramente nunca sabremos qué sucedió exactamente aquel 12 de octubre de 1936. Las breves notas que Unamuno dejó apuntadas en la carta que había recibido de la mujer del maestro y pastor Atilano Coco (“odio y compasión”, “mujer”, “cóncavo y convexo”) abren espacio para la libre interpretación. De otro lado, las fotografías que disponemos de ese acto, no arrojan luz suficiente para una visualización comprensiva por más que se hayan querido forzar en un sentido de empatía política o en otro. ¿Alzan la mano los estudiantes contra Unamuno o lo hacen para despedir a

Millán Astray? ¿Se despiden cordialmente el rector y el general o se produjo un saludo malintencionado entre los dos? Son verdades a medias. Lo que sí conocemos en cambio fueron las consecuencias del suceso. El encierro forzado de Unamuno en su casa a partir de este día y la encomienda que Francisco Bravo Martínez dirige al hijo de Unamuno: “creo, Fernando, que debes irte a Salamanca y convencer a tu padre de que en tanto duren las circunstancias evite actuaciones públicas que alarmen o indignen” (p. 258). Fue en cambio otro de sus hijos –en este caso Miguel– quien acude el mismo día 12 de octubre, por la tarde, al Casino de Salamanca para “rescatar” a su padre tras los agitados sucesos del acto del Paraninfo. Unamuno había acudido al Casino como de costumbre y allí es recibido con gritos de “¡rojo!” y “¡traidor!”

Todo esto está registrado ya en el anecdotario de la historia universitaria de Salamanca. (¿Son sólo anécdotas?) O si se quiere, para rememorar a Unamuno, forman parte de la intrahistoria de la ciudad de Salamanca. Con todo, aunque los hechos históricos hayan sido recogidos de forma objetiva, nos falta todavía el *comprenderlos*. Como diría Dilthey, en lo que podía ser una posición doctrinal también de Unamuno, una cosa es explicar (*erklären*) y otra comprender (*verstehen*). (“La experiencia de esta guerra me pone ante dos problemas, el de comprender, repensar, mi propia obra, y luego comprender, repensar España”, p. 188). También a nosotros nos cuesta comprender determinadas posiciones del Rector. ¿Cómo es posible que un hombre como Unamuno apoyara el llamado alzamiento nacional? ¿Cómo

pudo salir de la misma pluma que antes había criticado e insultado al dictador Primo de Rivera –lo llamó, entre otras perlas, “ganso real”– decir que Franco era un “buen hombre, víctima y juguete de la jauría de hienas” (p. 179)?

Los autores de este libro comparten estas consideraciones: la amistad que tenía Unamuno con Ramón Franco, hermano del caudillo, la quema de conventos por parte de los republicanos, la defensa de la civilización cristiana que en la opinión de nuestro filósofo representaba el *movimiento*, el miedo de un catedrático ya mayor que se siente frágil y limitado tras la muerte de su mujer, el desconcierto de los primeros días del alzamiento, el desconocimiento de que todo aquello fuera un golpe militar duradero contra la República como forma de gobierno, etc. Tras la lectura de este estudio de los Rabaté, creo que los autores del libro se inclinan sobre todo por el sentimiento de aislamiento y temor de don Miguel (Unamuno está recibiendo amenazas de los jóvenes republicanos, p. 52) y por la situación confusa y un tanto caótica que se vivió en el inicio de la guerra (el general Cabanellas en Salamanca, proclamó, por ejemplo, “su amor a España y a la República” (p. 53). En mi particular opinión, mediada por mis intereses filosóficos, otorgaría más importancia al hecho cultural de que Miguel de Unamuno cree necesario salvar la civilización occidental cristiana que él ve en peligro, no sólo en España, sino también en Europa, tras la Gran Guerra. (“Me adherí a él –al movimiento- diciendo que lo que hay que salvar en España es la civilización cristiana y, con ella, la independencia nacional”, p. 139).

Por otra parte destacaría un factor importante que no se encuentra en el libro, al menos de forma explícita: Unamuno se creía salvado. Personalmente creo que Unamuno confiaba en su fama, en su prestigio y reputación de intelectual crítico contra todo y contra todos y en su reconocimiento internacional como autor lo que le lleva a actuar de forma autónoma. Por eso se sabía libre para pasearse desenvueltamente por la Plaza Mayor el primer día de la guerra sin sentirse atemorizado por falangistas o republicanos. No comparto esa visión del “viejo profesor catedrático”, vulnerable y desconcertado. Él era consciente de que se avecinaba una guerra civil (lo había adelantado en varios de sus escritos) y pensó que podía salir airoso de la misma, criticando a hunos y a hotros, como siempre había hecho. Por eso no dudó en unirse a los nacionales: para reprender los excesos de los republicanos en un primer momento. Pero no acertó en los tiempos y en medir las distancias. Supo ver –tarde– que aquí no cabía la neutralidad o “alterutalidad”. No acabó de entender que este enfrentamiento entre españoles estaba lleno de rencores y de rabia. No advirtió que en el fondo se trataba de una guerra feroz avivada por envidias personales y groseros resentimientos. Apuntó mal. Él que había vivido de niño las guerras carlistas y después la primera Gran Guerra no percibió la crueldad innata de esta guerra fratricida. Aunque vertiera en su primera novela –*Paz en la Guerra*– muchos de sus recuerdos de algunos momentos bélicos, no eran guerras iguales. “*Paz en la Guerra*, guerra doméstica, no civil. No había odio. ¿O es que yo la sentí con alma de niño?” “*Paz en la*

guerra. Camaradería entre los dos bandos, no odio”, deja apuntado (p. 187).

Por lo demás, el libro recoge otros episodios de la vida de Unamuno que han sido interpretados de muy diversas formas: la donación de 5000 pesetas al movimiento, su papel de censor como Rector del régimen, su redacción de *El resentimiento trágico de la vida* o el incidente de su muerte proclamando en su último suspiro: “¡España se salvará porque tiene que salvarse!” (p. 193). Animo a todo aquel que quiera profundizar en estos temas a que lea el libro de los Rabaté. Su verdadero mérito ha sido cosneguir ordenar todos los testimonios que se tienen de los últimos días de Unamuno. Es por tanto un buen libro que nos acerca –un poco más– a la siempre difícil persona y personalidad de Miguel de Unamuno.

Para finalizar me atrevería a hacer un breve apunte casi banal, pero seguramente interesante e interesado por mi condición de zamorana. En la página 110 del libro se dice que el encarcelamiento del pastor protestante Atilano Coco fue fundamental para que Unamuno comenzara a mostrarse distante con los nacionales. Pero los autores escriben que Atilano Coco fue “alicantino”. No sé de dónde han podido tomar este dato los investigadores, porque me consta que el lugar de nacimiento de Atilano Coco fue un pueblo de la provincia de Zamora de nombre Guarrate. Naturalmente el origen o la procedencia de este maestro de escuela no afecta para nada a la vida y obra de Unamuno, pero sí quizás a la difusión del pensamiento zamorano.

María MARTÍN GÓMEZ
Universidad de Salamanca